

LOS EÇA DE QUEIROZ

EN LA LITERATURA Y EN
LA VIDA DE PORTUGAL

Por VICTOR DE LA SERNA

ANTONIO Eça de Queiroz es un hijo directo, bravo y mosqueteril, de la famosa generación del rescate. Aquella generación que al grito fabuloso del gigante rubio e isleño Anthero de Quental se alzó en la encrespada, turbulenta Coimbra, en la que las aguas líricas del Mondego se encrespaban como atlánticos indomables porque a veinte jóvenes no les gustaba un Portugal agarbanzado y mediocre. Querían otro, y le buscaban a gritos por las rúas y los claustros de Coimbra como enloquecidos descubridores, navegantes otra vez en un mar de las tinieblas.

La tierra salada entre Coimbra y el mar era entonces un nido de aguiluchos. Toda la aparente calma portuguesa, conformista y adocenada, que se remansaba en Lisboa entre barbudos fantasmones retóricos, se vió de pronto sacudida, invadida, hostigada por la inquietud tormentosa de la batalla de Coimbra, que se libró primero a punta de pluma en panfletos y hojillas y más tarde a punta de espada francesa. Se defendían entonces las ideas estéticas y filosóficas de un modo que nos parece ahora anacrónico, pero que tenía una gran arrogancia humana.

De la taberna de las tías Gamellas, en una calleja de Coimbra, salían mensajes y consignas ardientes y disparatados. Abrasaban los caletres de los jóvenes fidalgos que buscaban como locos un Portugal mejor. Afirmaban, negaban, montaban las más extravagantes paradojas, entre suspiros de un romanticismo tardío o entre gritos de guerra. Y un buen día los veinte de la fama, encendidos por el verbo caliente y oceánico de Anthero, le enviaban un ultimátum al zar de todas las Rusias y proclamaban entre las frondas del Chopal la libertad de la Polonia oprimida. Otro día pedían y lograban la destitución del señor Rector. Otro exigían la cabeza del pontífice de la crítica, Castillo. Coimbra, «ardiente y fantástica», disparaba como piedras de honda proyectiles sobre el Portugal dormido.

Entre aquellos lansquenets enfurecidos, un joven pálido, más pálido dentro de la ropilla negra del escolar, José María Eça de Queiroz, se agitaba como un poseso. Cuando oyó hablar a Anthero por primera vez en la escalinata de la Universidad dobló su manteo sobre un escalón y se sentó a sus pies. Anthero y Eça componían así un grupo histórico, un monumento vivo y palpitante al Portugal entrevistado.

Porque les gustaba otro Portugal empezaron por negar el que vivían. Le negaban con esa feroz injusticia fecunda conque los jóvenes niegan el pasado porque les desagrade el presente. La España cercana tampoco les gustaba, exactamente por lo que nos gustaba a nosotros la España que no le gustaba a José Antonio. Eso sí: amaban a Portugal como nosotros amamos a España: hasta la congoja. Hasta como le dolía a don Miguel de Unamuno.

Y se dejaron fascinar por Francia, sin darse cuenta de que por haber la generación que combatían dejado que Francia la fascinara, Portugal no les gustaba. Esto habría de comprenderlo mejor que nadie, años más tarde, José María Eça de Queiroz.

Cuando el novelista comenzaba sus estudios de Derecho en la Universidad, parece que el Rector le preguntó si sabía francés. Y al contestar que sí, el buen caballero suspiró beatamente: «Entonces tenemos hombre.»

Aquel Queiroziño marfileño y débil fué más tarde lanzado al

mundo en que había querido incrustar su Portugal amado. Fué en la Habana al baile en Capitanía, y un día remontó el Hudson en uno de aquellos barcos de ruedas de alta chimenea que desmele- naban sus humos minerales entre las brumas del río sucio y denso, tornasolado de aceite y fangos. ¡Qué distinto aquel río frío, pro- testante, sin nenúfares ni pobedas, del lírico Mondego, en el que, según Anthero de Quental, «con un cesto de naranjas y una gui- tarra se podía hallar un fugitivo goce!».

Eça de Queiroz escribió entonces una palabra que quiero cor- tar como una rosa de eterna lozania: «La civilización no es tener una máquina para cada cosa y un millón de cada cosa. La civiliza- ción es un instrumento. No es una construcción.» A veces, de la comparación simple y material de dos ríos lejanos se deduce una teoría importante. Probablemente, cuando Eça escribía aquellas pa- labras le andaba por la fantasía el rumor del Mondego con sus ori- llas coronadas de pámpanos como un pequeño dios europeo.

Aún le quedaba a Eça aborrecer París, a quien tanto amaba de lejos. Había pasado ya algunos años en su casita de Neuilly, don- de su hijo Antonio correteaba como un gorrioncillo, cuando una noche, en una escapada del novelista a Portugal, al pasar solo, en un departamento del tren, por la estación de Coimbra, lo des- cubrió el bravo Oliveira, un huracán de muchacho que veneraba al maestro. Un tumulto de manteos y una tempestad de vítores se levantó junto al tren. Eça de Queiroz se emocionó y lloró sin pa- labras, silenciosamente. Estaba entonces terminando su novela final, *La ciudad y las sierras*, en que al fin encontraba a su Portugal en- tero, antiguo y moderno, entrañable y caliente, sin edad y sin orto ni ocaso, como las estrellas. Sus últimos días en París los gastó en recorrer los tenderetes de los muelles del Sena en busca de viejos libros portugueses. Y les decía a los jóvenes estudiantes lusitanos que le sorprendían ya doblado por la enfermedad: «Estudiad, mu- chachos. Leed nuestros clásicos. Amad a Portugal.»

Eça de Queiroz había dado la vuelta al mundo física e intelec- tualmente, desde la tormenta de la batalla de Coimbra hasta su

dulce muerte en Neuilly, para, después del agitado periplo de su vida, hacer un gran descubrimiento: Portugal.

Antonio Eça de Queiroz, su hijo, es también hijo de aquella batalla. Y ha partido del Portugal descubierto por su padre tan dolorosamente. Como era un Portugal hermoso, juvenil, atlético, oreado de atlánticos vientos, enroscado en los rumbos infinitos del espíritu; un Portugal con mensaje para la Humanidad, un ibérico Portugal entero, bajo cuya dulzura aparente se esconde la tormenta que a veces desencadena para darse el gusto de vencerla, Antonio Eça no ha tenido que hacer nada más ni nada menos que defenderle. Lo ha hecho como un legionario del espíritu y de las armas. El continúa la generación del rescate con una arrogancia muchas veces incómoda. Pocos españoles comprenderán mejor que yo los goces que Antonio Eça de Queiroz ha experimentado en el fragor de la batalla, en el destierro, en la persecución, en las noches negras y sin aparente esperanza en que acechan las pistolas y la intriga. Hombre de aire libre, le gusta agitar su penacho con riesgo y con arrogancia. Manojó de nervios, comprimida cámara de explosión, está siempre dispuesto a saltar con la pluma, con la palabra, y si se tercia, que ya se ha terciado varias veces, también con la espada.

Si se trata de defender el gran Portugal de hoy, señor de sí mismo, sembrado en la batalla de Coimbra y cosechado en la Revolución Nacional, Eça de Queiroz, abandonará su cenáculo de Lisboa, donde en realidad no hace otra cosa que velar las armas, para blandirlas como un orate en el campo de cualquier batalla.

Y como es seguro que cualquier batalla que Portugal libre será también una batalla de España, allí nos encontraremos, Eça de Queiroz.

Nuestro río epónimo, Quirosiño amigo, es un río chiquito. Y sobre él hay una copla que me gusta repetir en cualquier ocasión: lo mismo en una merienda junto al Soto de Migas Calientes, ducal y majó, con unos amigos, que en esta evocación, en que nuestra generación del rescate está presente. La copla es ésta, una segui-

dilla del madrileño Lope de Vega, que embarcó en Lisboa para pelear contra el inglés. Y suena así :

*Manzanares claro,
río pequeño,
que por no tener agua
corre con fuego.*